

LOS MONTES DE HIERRO

por Rubén Las Hayas

A mi padre, que siendo aún muy
joven, trabajó en estas minas.

SITUACION GEOGRAFICA

El criadero de mineral de hierro vizcaíno, se extiende en una longitud aproximada de 30 kilómetros medidos de S.E. a N.O., desde las proximidades de Galdácano hasta entrar en la provincia de Santander. De él, nos dice la Geografía General del País Vasco-Navarro, se llegaron a extraer en 1899, cinco millones de toneladas, que representaban aproximadamente la décima parte de la producción mundial. Era el distrito más importante de la tierra y si otros han llegado a superarle, es debido a que los yacimientos se extienden en regiones dilatadas, pero ninguno ha existido tan rico proporcionalmente a su superficie.

Los principales montes que comprende son los de Arraiz, Apuko, Mendíbil, Alén, Mello, Pico de Aro y los de Triano. Y en cuanto a los ríos que surcan esta franja de tierra tenemos, aparte del Ibaizábal con su entrada en Bilbao, el Cadagua, el Galindo y el Somorrostro. El Cadagua, que es de los ríos vizcaínos el que más lejos tiene sus fuentes de nacimiento, ya que nace en tierra burgalesa al pie de la sierra de la Magdalena, aumenta su caudal en esta zona con arroyos procedentes del Ganekogorta, Erentza y Apuko. El Galindo, que como el anterior va a desembocar a la ría, toma sus aguas del río Castaños y del arroyo del Cuadro, los cuales nacen en los montes que nos ocupan ya que el primero lo hace al pie del Erentza y el segundo debajo de Peñas Negras. Por fin, el río Somorrostro, nace en el Kolutza y engrosa aquí su caudal con arroyos procedentes de los montes de Triano, Alén y Las Muñekas. De este mismo alto pero en la vertiente santanderina nace otro riachuelo que desemboca en Mioño.

PREHISTORIA

El hecho de que en estos montes se hayan encontrado bastantes dólmenes nos obliga a remontarnos hasta unos 2.000 años antes de Jesucristo, en que debió iniciarse el proceso cultural megalítico en España dando paso a la llamada Edad del Bronce.

Se admite la existencia de un pueblo desconocido, quizás de origen mediterráneo, que llegado al litoral de Almería y Murcia, que es zona minera, se extendió a los sectores también mineros de Granada, Sierra Morena y el Algarve, siguiendo luego al litoral lusitano, gallego y cantábrico, para alcanzar ambas vertientes del Pirineo y desde aquí pasar al resto de Europa. De esta ruta llamada de los metales prehistóricos parecen formar parte estos dólmenes.

Este pueblo que introdujo la construcción de dólmenes traía unas ideas religiosas, como lo demuestran estos sepulcros colectivos, que se extendieron entre las tribus indígenas de nuestra península, así como una cultura cuyo exponente era la práctica de la metalurgia, que se transmitía de padres a hijos como un rito y que en aquel tiempo era de un gran valor económico y social. Los grupos metalúrgicos de este pueblo debieron adquirir evidente



Hilerá de casuchas del barrio de Alén. Una de ellas es la taberna.—(Foto Minguito.)



El río Somorrostro y los restos de una de tantas ferrerías.—(Foto Minguito.)

predominio para su propagación y gran influencia en las tierras a que llegaba.

Decía Mario Grande, en uno de sus artículos sobre este tema, que merece ser destacado el hecho de que el lugar en que aparecen dólmenes en Vizcaya sea precisamente, sobre el más rico yacimiento de mineral de hierro vizcaíno, lo cual nos permite suponer que ya en los albores de la Edad de Hierro debieron saber beneficiar dicho mineral en la forma primitiva de tostarlo en fuego carbonoso, fundiéndolo después entre capas de carbón vegetal, que daban unos lingotes porosos y frágiles, que hacían necesaria una forja posterior a martilleo. Esta es la causa de que aunque en esta época a que pertenecen los dólmenes, ya era conocido el uso del hierro, resultaba para tales gentes más apetecible el bronce, porque era más sólido y sobre todo más vistoso. Baste citar el ejemplo de que han aparecido en algún lugar espadas de hierro enfundadas en bronce.

Entre los dólmenes que se han descubierto en esta zona, citaremos el de Erentza, el de Eskatxebel, cerca del Ganrán, el de Pico Mayor, situado en la misma cima y sobre el cual se colocó un buzón, otro muy deteriorado en Peñas Negras y otros cuantos más en la crestería de Alén que sirve de divisoria a las dos provincias. Existen otros en Carranza, Arcentales y entre

Sopuerta y Galdames. También en Saracho y Alén, se han descubierto cromlechs, los cuales son casi desconocidos en zona tan accidental de nuestras montañas, pues los que se conocen en el Pirineo se encuentran en mesetas o collados.

HISTORIA

Se sabe que los romanos explotaron algunas minas en Guipúzcoa y aunque no parece que trabajaron en estos montes, ya los conocían como lo demuestra Plinio en su Historia Natural en donde dice: «En la parte marítima de Cantabria, bañado por el Océano, hay un monte alto y quebrado cuya abundancia de vena de hierro es increíble, pues todo él es de aquella materia.» Por lo que vemos que ya en la antigüedad se les dio gran importancia y así lo corrobora al aparecer el nombre de Somorrostro en la divi-



sión que se hizo de los obispados de España, en el siglo VII, siendo Wamba rey de los visigodos.

El valor que daban en esta tierra a todo lo que era o venía del mineral de hierro los que gobernaban el Señorío, se trasluce en muchos documentos como el Fuero Viejo de Vizcaya, distintos fueros exclusivos para mineros y ferrones, Reales Células, actas de las Juntas Generales de Vizcaya, etc., remontándose algunos al siglo XI.

Por algunas de esas cédulas reales del siglo XV, sabemos que Lope García de Salazar y alguno de sus descendientes, ejercieron el control de las explotaciones de Somorrostro, y cómo los reyes lucharon con estos monopolizadores del hierro declarando libre y general su aprovechamiento, para dar así mayores atribuciones al municipio.

Ya en el siglo X pequeñas naves vizcaínas recorrían las costas esparciendo el mineral de estos montes por todo el país y se sabe que en 1784 Musques contaba con más de 50 pataches para su exportación. La mayoría de las ferrerías del país vasco empleaban este mineral, ya fuera solo o a veces mezclado con el extraído de otras minas del país. Por lo tanto el transporte tenía que influir en la creación de ferrerías y de ahí la mayor densidad de éstas en Vizcaya que en las otras provincias.



Escena clásica de la explotación minera, en un bajorrelieve del monumento a Las Rivas
(Foto Minguito.)



Un paisaje trastornado por la mano del hombre. Al fondo, la cima de Mendibil
(Foto Minguito.)

Las ferrerías habían nacido cerca de las minas, ya que el mineral era entonces muy rico, y en lugares donde había madera, llevándose el mineral desde ellas con bestias y narrias. Después se extendieron por el país pero siempre en lugares donde abundaba el arbolado necesario para adquirir combustible, pues se venían a consumir casi cinco toneladas de carbón vegetal por tonelada de producto. Al conocerse el empleo del agua como fuerza motriz, se fueron situando en las orillas de los ríos, en donde las encontramos ya en el siglo XIV. En éstas se hacía pasar el agua por canales de madera y caer sobre una rueda que movía los barquines o fuelles que soplaban la fogata donde solían fundirse pequeñas masas de hierro, en lugar de tenerlos que hacer funcionar a base de fuerza humana. Luego las batían sobre piedras o yunques de hierro con porras y martillos a fuerza de brazos, sistema que se ha seguido hasta hace poco más de dos siglos.

Es natural pues, que en estos montes y en sus alrededores existiesen gran parte de las 400 ferrerías que se cree llegaron a funcionar en Vizcaya. Por ejemplo, en el río Galindo y en sus dos afluentes, el Castaños y el arroyo del Cuadro, así como en sus cercanías, se han llegado a catalogar más de 70, siendo por tanto la zona más poblada de ferrerías de Vizcaya. Recorriendo estas montañas no es difícil reconocer algunas, pues se suelen con-

servar todavía trozos de presas, paredones y sobre todo grandes cantidades de escoria.

Las ferrerías fueron durante muchos siglos nuestra principal y casi única industria, llegando a alcanzar gran renombre la fabricación de armas, tanto que Shakespeare cita a las espadas de Bilbao con el nombre de «bilbos» en algunas de sus obras, lo cual demuestra la gran estima de que gozaban en Inglaterra. Otro gran escritor, también de principios del siglo XVII, que nos dejó constancia de la fama de este hierro fue Tirso de Molina, que puso en boca de D. Diego López de Haro al hablar de sus vasallos, los siguientes versos:

Montes de hierro habitan, que a estimallos,
valiente en obras y en palabra mudo,
a sus miras guárdales decoro
pues por su hierro, España goza su oro.

La explotación del mineral que se hacía por los medios más penosos y caros, empezó a tomar gran auge en la segunda mitad del siglo XIX, al crearse cargaderos sobre la ría y vías férreas desde las bocas de las minas, así como al incorporarse a esta explotación dos grandes sociedades extranjeras como fueron la Orconera y Franco-Belga.

Las descripciones de los pueblos cercanos a las minas en aquella época, coinciden en mostrárnoslos muy concurridos a todas horas por carros y caballerías transportando el mineral. Así se calculan en 1873 de 600 a 700 los carros que por término medio se ocupaban en acarrearlo desde Triano a la estación de ferrocarril del Señorío de Ortuella y 600 las caballerías que conducían el mineral a lomo.

Como consecuencia de todo ello se produjo una gran inmigración procedente de provincias españolas, que hizo que estos pueblos aumentasen su población de un modo asombroso y que naciesen otros como La Arboleda y Gallarta, con numerosos barrios mineros. Para dar una idea de este aumento diremos que hacia 1876 habitaban estas zonas poco más de 5.000 personas (la población de Vizcaya era inferior a 200.000) llegando a alcanzar en 1899 más de 60.000 (incluido el núcleo metalúrgico). Y como triste paradoja se produjo una emigración de los naturales del país que se negaban a trabajar en unas condiciones tan precarias como lo hacían los llegados de fuera.

Según tengo oído a este respecto a mi padre, para algunos capataces valía más el caballo que se despeñaba que el hombre que perdía la vida al explotar un barreno antes de tiempo, o que quedaba sepultado por un alud de tierra.

Causa de las pésimas condiciones de trabajo fue la primera huelga de obreros industriales en La Arboleda en el año 1890, en la que pedían que

los mineros pudieran comer y dormir fuera de las cantinas y barracones de los capataces y una reducción de la jornada de trabajo a diez horas. El general Loma, que se encargó de resolver la huelga, reconoció a los mineros el derecho a alojarse donde quisieran y estableció la jornada de trabajo en 11 horas en verano y 9 en invierno.

Las huelgas se fueron haciendo frecuentes, siendo muy temidas cuando los mineros bajaban sobre Bilbao, y culminaron en la huelga «general» de 1910 que duró dos meses y que comenzada en las minas Conchas, de Ortueña, y Elvira, de Galdames, llegó a reunir a 13.000 obreros.

DESCRIPCION Y RECORRIDOS

El aspecto que presentaban estos montes en explotación en los últimos días del siglo pasado y que viene a ser el aspecto con que han quedado, nos lo describió perfectamente Vicente Blasco Ibáñez de la siguiente forma:

«El paisaje aparecía trastornado por la mano del hombre. El minero violaba a la Naturaleza, volcándola, desordenando sus ropajes. Todo había cambiado de lugar. Las cumbres habían sido echadas abajo por la piqueta y el barreno; las hondonadas, rellenas de escoria roja, estaban convertidas en mesetas. Las faldas de los montes aparecían desgarradas; lo que en otros tiempos era suave declive, asustaba ahora con el pavoroso corte del despeñadero. Habíase trastornado el curso de las aguas. Las antiguas fuentes, admiradas por los ancianos, escapábanse ahora con rezumamiento fangoso por las angostas galerías que perforaban las pendientes. Algunas montañas, despojadas de la envoltura roja que era su carne, mostraban la armazón calcárea, la triste osamenta. Los prados de otras épocas, la tierra vegetal, con sus maizales y robledales, todo había desaparecido, como si soplase sobre aquel país un viento de fuego. Sólo quedaba el pedrusco férreo, el terrón rojo, la tierra codiciada por el hombre, que parecía haber ardido con interna combustión. A trechos quedaban algunos jirones de suelo verdeante. Crecía la hierba allí donde se amontonaban las vagonetas volcadas, las plataformas carcomidas, delatando una explotación abandonada. En estos rincones pacían algunos rebaños de ovejas panzudas de largas lanas. El sonido de sus esquilas daba una nota de calma pastoril a este paisaje desolado que parecía surgido recientemente de una catástrofe geológica.»

Para comprobar la exactitud de esta descripción nos va a servir el primer recorrido, partiendo de La Reineta, a donde se puede ascender cómodamente en el funicular. Este nombre de La Reineta es una degeneración, cosa muy corriente en estas tierras encartadas, donde hace tantos siglos que se perdió su idioma primitivo, del toponímico euskérico Larrañeta.

LA REINETA, MENDIBIL, ARGALARIO

A la salida de La Reineta se toma un camino que parte a la izquierda y que nos sube hasta Barrionuevo, un pequeño grupo de casas de aspecto mísero. Al dejar atrás estas casas vemos ante nosotros tres pequeñas mesetas cuyas laderas están cubiertas de oscuro pedruscos. El sendero va hacia la derecha y discurre junto a un enorme precipicio producido por la extracción del mineral. Asciende luego junto a unos terrenos verdes de labor y tras bordear un barranco, que más parece producido por un terremoto que por la mano del hombre, nos encontramos ante el Mendíbil (562 metros). Como está todo mordido por las piquetas, se sigue un corto corredor de hierba para alcanzar su cima, formada por rocas de color negro rojizo, que constituyen «la armazón calcárea, la triste osamenta» de estas tierras.

Desde esta cima y desde el camino que hemos seguido, es desde donde mejor se puede apreciar la verdadera magnitud de la explotación minera, ya que esta zona, en unión con la de Gallarta, ha sido la más rica del criadero vizcaíno.

Después del Mendíbil y tras superar una suave loma, descendemos al collado que se forma con el Argalarío en donde existe un caserío rodeado de árboles que dan cierta belleza al lugar. Desde el Argalarío (513 metros), así como desde el camino que vamos a seguir para regresar, veremos el bonito panorama de toda la ría desde Bilbao a su desembocadura. Y junto a ella un gran número de fábricas que elevan sus chimeneas ensuciando el aire de todos estos pueblos y que nos hablan del desarrollo industrial que tuvo su comienzo en las últimas décadas del pasado siglo, al amparo de la riqueza que emanaba de estos montes.

El regreso lo hacemos por un sendero que nace, al salir del collado citado anteriormente, en un pinar que existe en esta zona y que siguiendo toda la ladera llega a Barrionuevo. En este camino existe un manantial con un hermoso chorro de agua y a lo largo de él podemos ver ruinosas edificaciones de minas abandonadas.

ARROLETZA - APUKO - ERETZA

Partimos de Cruces, junto a la Residencia Sanatorial, por un camino que asciende al barrio de Basachu. Aquí tomamos el sendero que sube estos montes de Sasiburu, mientras a la izquierda queda el que conduce a la ermite de Santa Agueda. A media ladera se bifurca, yendo uno directamente a Peñas Blancas y el otro, pasando junto a una fuente, a la cima del Arroletza (455 metros).

Caminamos ahora por la crestería, que ofrece una caída rápida al río Cadagua y otra más suave hacia El Regato en donde vemos los dos pantanos. Los dos ríos que corren paralelos a esta pequeña cordillera, movieron antaño las ruedas de numerosas ferrerías, siendo una de las más importantes la de Iráuregui y conservándose en el Castaños los restos de la de Urdaneta, de 800 metros cuadrados de extensión.

Antes de llegar al cabezo rocoso de Peñas Blancas encontramos una charca, a la salida de la cual hay dos caminos, uno que pasa por las citadas peñas y el otro que las bordea así como el Apuko (560 metros) que se alza a continuación. En este sendero también encontramos un manantial con caño al igual que el de Arroletza. De estas Peñas Blancas se sacó mineral como lo demuestran las amplias galerías que las horadan.

El pendiente descenso del Apuko nos coloca ante una borda de tipo pastoril en donde existe un mojón divisorio de los terrenos de Gueñes y Baracaldo. De aquí sale una senda hacia El Regato que se va abriendo paso entre los numerosos madroños que cubren esta ladera.

En este nombre de El Regato tenemos un caso, como se han dado otros en toponimia o en el campo de los apellidos, de una traducción al castellano del primitivo toponímico vasco conservando su sintaxis vascongada. Así nos lo confirmaba Trueba al decir: «El cronista Lope García de Salazar que escribió en el siglo XV le llama (al valle de Mendierreca) Monte-regato, traduciendo su nombre en castellano sin variar la sintaxis eúskara, como se tradujeron otros nombres geográficos encartados cuando la lengua castellana fue sustituyendo allí a la vascongada.»

Rebasada la borda, cruzamos un puentecillo sobre una vertiginosa hendidura producida por la extracción del mineral, que aún se sigue sacando, y nos encontramos con media docena de caseríos que forman la aldea de Saracho. En este agradable lugar cubierto de robles, castaños y cerezos, encontramos un rústico monumento con el busto en bronce de un indiano que tras 56 años en América volvió para construir a sus expensas una carretera que uniese la aldea al valle. La inscripción habla de este D. Diego Pérez de Saracho y Barañano en quien «jamás se enfrió el ardiente amor que sintió siempre hacia su querida aldea nativa». Allí mismo está la casa en que nació en 1855 y que reconstruyó a la vez que se hacía la carretera en 1926.

El camino abandona Saracho ascendiendo plácidamente rodeado de pinos, hasta alcanzar el lugar de Fuente Fría en donde brota un magnífico manantial que da origen al río Castaños. Luego zigzaguea por la dura pendiente hasta alcanzar la arista que arranca de Sodupe, situándonos ya rápidamente en la cima del Eretza (871 metros). Esta cumbre que presenta un im

presionante corte, es un mirador muy interesante por el extenso panorama que abarca, sobre todo de los montes que nos ocupan.

Desde aquí se puede enlazar el recorrido, por el collado de Aguinza y bordeando el Aldapi, con los montes de Triano.

MONTES DE TRIANO

La Arboleda es el punto de partida más corriente para recorrer estos montes. Como hemos dicho, nació con la explotación intensiva de las minas y ahora empieza a desaparecer al igual que Gallarta porque interesa aprovechar el terreno que ocupa. El gran edificio de su hospital minero que fue de primer orden y actualmente abandonado, nos habla de su pasada importancia.

Lo dejamos atrás para llegar a Peñas Negras, punto en el que el camino se divide. A la derecha tenemos el camino forestal que conduce cómodamente a Somorrostro y en el cual podemos encontrar esa bonita planta que es la mimosa. Por encima de él asciende el que conduce a San Esteban de Galdames y a la izquierda el que va hacia las cumbres más altas de esta zona.

Por el camino de San Esteban, podemos alcanzar el Pico Ventana (509 metros), cuya cima se halla detrás de un pinar que hay a la derecha, así como Peña Helada (473 metros), en donde han construido una caseta del servicio forestal. En este lugar tenemos dos magníficas fuentes, una a la entrada del citado pinar y otra junto al camino al empezar el descenso hacia Sauco.

Debajo del Pico Ventana y a orilla del río Somorrostro está la ferrería de El Poval, que hasta hace poco ha estado funcionando y de la cual hablé en el número 1 de 1964 de esta Revista, al describir un recorrido por estos montes pasando por la cueva de la Magdalena. Otra cueva también famosa en esta zona de Galdames es la de Artekona, conocida como Cueva del Humo, y de la cual, según Delmas, en el invierno de 1864 salió una espesa y ardiente columna de vapor que abrasó los madroños, laureles y todas las plantas que crecían a su alrededor. Aparte de este hecho extraordinario, el ver salir la columna de vapor o humo cuando reinaban ciertos vientos debía ser bastante corriente.

Toda la ladera de estos montes desde Peña Helada hasta el Pico de la Cruz, constituye la zona minera perteneciente al término de Galdames.

El otro camino que sale de Peñas Negras, tras dejar a la izquierda un sendero que llega hasta el pie del Aldapi, nos coloca en el collado formado por el Pico Mayor y el Pico Menor. Desde aquí es recomendable ascender el duro pero corto repecho del Pico Mayor (747 metros) pues sus vistas com-

pensan ampliamente el esfuerzo realizado. Como novedad, para los que hace tiempo que no subíamos, está la presencia del pantano recientemente construido en la hondonada del Cuadro y que ha anegado los restos de unas cuantas ferrerías. Una de las que trabajaron a orillas de este riachuelo fue la de Sakona, utilizada actualmente como vivienda y junto a la cual había un molino en el que según la tradición, durante el verano se molía trigo y durante el invierno mineral.

Bordeando el Pico Menor nos encontramos en el lugar en que hace unos años existió el bonito pinar del Corazón y desde el cual podemos ascender al Ganeran (892 m.), también conocido con el nombre de Gramerán, o bordearlo igualmente. Rebasado éste, nos internamos por un pinar que cubre la ladera del Gasteran (801 m.) y al final del cual, en un precioso rincón, encontraremos una fuerte. También en las laderas de este monte se encuentran dos simas conocidas como Hoyos del Gasteran, que alcanzan una profundidad de 248 m.

El Pico de la Cruz (802 m.), que se encuentra junto al anterior, es, a diferencia de los demás montes de esta parte, totalmente de roca, y las vistas que de él se divisan sobre las Encartaciones son magníficas. En sus laderas se abren las bocas de las minas y a sus pies se encuentra San Pedro de Galdames, en donde se alza un monumento a Martínez de las Rivas, que fue muy querido por los mineros.

ALEN - VENTOSO - PEÑA DE SANTULLAN

El autobús de Somorrostro a Galdames nos deja en Arenao, en donde encontramos un puente por el cual el ferrocarril minero que venía de Galdames pasaba por encima de la carretera y del río conjuntamente. Subimos hasta la vía de este desaparecido ferrocarril y la seguimos hasta alcanzar la carretera que va a Las Muñekas, por la cual descendemos un centenar de metros para dirigirnos a la estación de El Castaño. Una mirada hacia las laderas de Las Muñekas basta para que sus canteras nos confirmen que ha sido uno de los puntos importantes del criadero vizcaíno.

Este toponímico de Las Muñekas, cuya relación con muño, «colina», es clara, procede, según S. de Arana, de Latsmuñekaitz, «colinas ásperas del arroyo», y nos viene a demostrar, al igual que los casos anteriores, que cuando una lengua desaparece, deja tras de sí solamente nombres de lugares y accidentes geográficos, y éstos son acomodados por la nueva lengua a su fonética o suplantados por otros parecidos o traducciones.

Dejando a la derecha la estación de El Castaño, por donde pasaba el también desaparecido ferrocarril de Castro, seguimos un camino que des-

ciende hacia una vaguada en donde cruzamos un riachuelo de aguas sucias, ya que han servido para lavar el mineral que se saca en una cantera que existe un poco más arriba. En este mismo sendero encontramos un cargadero de mineral para camiones, al cual llegan unos raíles que salen de una mina cercana y que en la entrada de cemento ostenta la fecha de 1963. Atravesamos los raíles, semienterrados debido al abandono de la mina, y continuamos por un estrecho sendero que se abre paso entre maleza y que nos lleva sin pérdida hasta el barrio de Alén, a unos 550 metros de altura.

Este barrio está formado por un reducido grupo de casas, algunas de ellas abandonadas, siendo una serpenteante carretera la que lo une a Labarrieta, cuyo nombre primitivo fue Olabarrieta (las ferrerías nuevas) y que vulgarmente se conoce como Las Barrietas. Aunque está muy deteriorado, existe en este lugar un frontón, el cual nos hace recordar que en los años prósperos de las minas, cuando en estos pueblos mineros vivía tanta gente, sus dos grandes diversiones eran los partidos de pelota a mano y las apuestas de barrenadores. La pelota, que casi ha desaparecido, llegó a dar algunos nombres importantes, como por ejemplo en Gallarta, y los desafíos de «barrenaris», que alcanzaron considerable auge, desaparecieron al dejarse de usar en las canteras el barreno.

Para ascender a la cima del Alén (798 m.) pasamos por delante de la hilera de casuchas, una de las cuales es la taberna, y seguimos un camino que asciende hasta la rocosa arista que se presenta ante nosotros. Debajo de este sendero, que lleva a la izquierda una cerca de estacas con alambre de espino, podemos ver en toda su extensión las canteras de mineral de esta zona, el cual, por medio de cables aéreos con baldes, se lleva desde aquí hasta el embarcadero de Ontón. El sendero, que va a Arcentales, lo abandonamos una vez alcanzada la arista, y ya desde aquí se asciende cómodamente por roca hasta la cumbre, desde donde se divisa un precioso panorama.

Abandonamos la cima y tras superar otra loma encontramos una senda que se interna en un pinar y que va al barrio de Alén. Esta senda viene de unas ruinas que vemos debajo de Betayo y que son los restos de una antigua venta y de una estación de cables aéreos por los cuales transportaban el mineral desde la mina Federico, que se encuentra abajo, en la barranca, hasta la costa.

Podemos ascender a la cumbre de Betayo (725 m.), donde existe un mojón, o bordearlo cómodamente por su ladera Norte, y dejada atrás esta cima nos encontraremos ante el campo de Ventoso, discurriendo el sendero por la divisoria de las dos provincias. La cumbre de Ventoso (731 m.) es extensa y en ella existe una chabola semiderruida y una caseta del servicio

forestal, pues en esta zona hay un gran pinar. Desde aquí se divisa un buen panorama de toda la costa, desde Plencia hasta más allá de Laredo.

Descendemos hacia Santullán, desde donde han abierto un camino forestal que llega hasta casi la caseta, y en seguida nos encontramos ante la Peña. Este es un bonito lugar con grandes peñascos y agudos picos que forman un conjunto agreste y salvaje. Siguiendo una senda entre rocas que bordea el monte, se puede alcanzar fácilmente su cima (470 m.). Casi debajo tenemos Castro Urdiales, que en otros tiempos perteneciera al Señorío de Vizcaya, y enfrente las últimas estribaciones del criadero de hierro vizcaíno.

En esta parte existen varias cuevas, una de ellas la sima del Moro, cerca de la cumbre, donde según la leyenda un moro notable arrojó todo su tesoro al huir de la persecución de los cristianos.

El descenso, de no volver por el sendero anterior, lo haremos casi vertical por caminos de cabras. Desde el pueblo de Santullán podemos ir a Mioño, por donde pasa el autobús de la línea Castro-Bilbao.

MONTELLANO - MELLO - PICO DE ARO

Montellano es una bonita y plácida aldea situada en la ladera del Mello, distante unos seis kilómetros de Somorrostro y hasta donde llega una estrecha y empinada carretera. Un sencillo monumento nos recuerda que fue la cuna de aquel vasco ejemplar, Antonio de Trueba, que «tenía el corazón inundado de amor a Vizcaya y ese amor fue la luz que iluminó toda su obra y fue el espíritu que vivificó los actos todos de su existencia», según palabras de Gregorio de Mújica. Ese amor a su patria y a su pueblo le parecieron siempre a «Antón el de los cantares» «tan noble y tan santo casi como el amor a la familia». Justo es, pues, su monumento, así como todo lo que ayude a que su recuerdo perdure entre nosotros.

Detrás de la aldea sale un camino por el cual podemos alcanzar fácilmente la cumbre del Mello (626 m.). A nuestros pies tenemos Somorrostro con su playa de La Arena, al lado de la cual se levantan unos desnudos picos que, según la tradición, eran tres gigantes que se desnudaron para bañarse en el mar y Dios les convirtió en picos por no santiguarse al ir a dar el salto.

Desde la cima tenemos un descenso rápido hasta el camino que sube de Somorrostro a Talledo, bordeando el montículo de Posadero, siguiendo el cual llegaremos a dicho pueblecito.

Aquí, en Talledo, murió durante la segunda guerra carlista el general don Cástor Andéchaga, una de las figuras de mayor prestigio del ejército.

carlista. Andéchaga, que había participado ya en la primera contienda civil, salió de su casa de Sodupe a pesar de sus 73 años de edad, y recorrió las Encartaciones reclutando voluntarios, con lo que acabó de consolidar el alzamiento en Vizcaya. El 15 de febrero de 1874, ocupando con sus hombres esta cordillera, desde Las Muñekas hasta Saltacaballos, repelió un ataque del general Primo de Rivera y en los meses siguientes, en que tuvieron lugar los terribles combates de Somorrostro, su figura descolló por su valor, su pericia militar, su incansable actividad, así como por ser el alma del ataque y empeño sobre Bilbao. Por fin, el 28 de abril, de nuevo en estos montes frente a un numeroso ejército republicano que intentaba liberar a Bilbao del cerco que sufría desde hacía cuatro meses, una descarga de artillería cayó sobre él, muriendo en el acto.

De aquí el sendero nos lleva a la pedregosa carretera que sube de Otañes para descender luego a Ontón, por la cual caminamos unos momentos para en seguida tomar a la izquierda otro camino que, rodeado de arbolado, nos conduce a Setares.

La vida de estos pueblos mineros ha estado unida íntimamente al desarrollo de las minas. Por ejemplo, ésta de Setares se empezó a explotar intensivamente hace unos 80 años y en ella llegaron a trabajar alrededor de 1.500 hombres, siendo entonces cuando el pueblo alcanzó su mayor importancia. Luego el mineral empezó a ser cada vez más escaso y paralelamente el pueblo a disminuir, para llegar a la situación actual, con la mina casi agotada y el pueblo reducido a un pequeño número de casas, la mayoría abandonadas, y con algo más de una docena de familias como habitantes.

En la tasca, un anciano nos explica hasta dónde se extendía el pueblo y nos habla un poco entusiasmado de las apuestas de barrenadores, así como de los partidos de pelota en el frontón que todavía está en pie. Nos lo cuenta con nostalgia y con un poco de tristeza, que nosotros también sentimos al abandonar el pueblo y contemplar el aspecto con que han quedado estas tierras.

Para alcanzar el Pico de Aro es necesario llegar hasta un caserío solitario que se ve al fondo, al pie mismo del monte. Para ello seguimos un camino que antes debió ser el recorrido de algún ferrocarril minero y que deja a la derecha el bonito valle de Baltezana. Podemos ver en él planos inclinados, hileras de vagonetas y baldes aéreos de Alén, que van a dar al embarcadero de mineral de Ontón que se encuentra a la salida del valle. Este sendero pasa luego por una campa en la que han plantado fresnos, acacias y chopos, siendo un recorrido de inusitada belleza y, sin embargo, poco conocido por los montañeros.

El Pico de Aro (392 m.) es el final del criadero de hierro y se encuentra entre Ontón, Mioño y Santullán, presentando en la ladera de este último un impresionante corte producido por las canteras. Su verdosa cresta tiene unas profundas grietas producidas por hundimientos de galerías que recorren sus entrañas, pudiéndose ascender a él por una senda que parte del caserío antes citado. La panorámica que se divisa es preciosa, tanto de las peñas de Santullán, con su enorme tajo, como de Castro Urdiales y de la costa vizcaína.

El descenso más corto y cómodo es al alto de Saltacaballos, por donde pasa el autobús hacia Bilbao.

* * *

Con estos recorridos he intentado dar a conocer las zonas de donde se ha sacado o se sigue sacando nuestro famoso mineral de hierro. Solamente me quedaría por recorrer la correspondiente a Bilbao, lo cual no he hecho por caer fuera del carácter montañoso que he querido dar a estos itinerarios. Diré, no obstante, que también tuvo gran importancia, y prueba de ello es el renombre que llegaron a alcanzar algunas de sus minas, como la Malaespera, San Luis y Abandonada.

Y quiero terminar diciendo que, al recorrer estos montes, no olvidemos que gracias al tesoro de sus entrañas aquella Vizcaya pobre de vino y pan se ha convertido en la rica e industrial de nuestros días, y todo ello merced al trabajo de tantos hombres como se han encargado durante siglos de arrancárselo a costa incluso de sus vidas. Por eso, cuando desde una de sus altas cotas nos descubramos al contemplar absortos el extenso y maravilloso panorama que se nos ofrece, miremos también a las sufridas tierras de nuestro alrededor y tengamos presentes a esos hombres en nuestra plegaria.